

RELATOS RELATOS

para trabajar la diversidad



Fundación Triángulo

**por la igualdad social de lesbianas,
gais, bisexuales y transexuales**

RELATOS

para trabajar la diversidad



Fundación Triángulo

**por la igualdad social de lesbianas,
gais, bisexuales y transexuales**

DIFERENTES

Había una vez una clase donde todos los niños y niñas eran iguales. Nunca tenían oportunidad de intercambiar opiniones porque todos pensaban lo mismo. No tenían inquietud de probar otras comidas, ver otros mundos e indagar sobre otras religiones porque todas provenían de la misma cultura. Pero si que sabían que más allá de ese lugar donde vivían existían personas que vivían, sentían y soñaban de otra manera. Los llamaban “los diferentes”. Pero nunca tendrían la oportunidad de conocerles ya que los habitantes de ese pueblo habían levantado un muro muy alto alrededor de la villa para que los diferentes no pudieran entrar. Les tenían pavor porque no sabían como eran.

Un habitante del pueblo una vez, antes de que estuviera construido el muro, se perdió por el bosque y se topó con algunos de ellos. Dijo que hablaban en lenguas extrañas, su color de piel era de un tono diferente y vestían de una forma un tanto extraña. Pasado el tiempo, una fuerte sequía que duro todo un año arrasó los campos de ese bonito lugar y los aldeanos no tenían que comer. Acorralados por el hambre no les quedó otro remedio que derribar el muro y pedir ayuda a los temidos “extraños”. Estos, muy amables, compartieron con los aldeanos hambrientos todo lo que tenían en sus neveras.

La comida era diferente a lo que ellos solían comer, pero tenía un sabor muy agradable. No entendían su idioma, pero sus gestos delataban que eran personas amables. Su color de piel era otro, pero la sonrisa con las que le recibieron destacaba hermosa sobre ese tono más oscuro. Gracias a que los aldeanos pudieron conocer a estas personas, que eran algo diferentes a ellos, pudieron darse cuenta de que no tenían nada que temer y muchas cosas que conocer y descubrir. Estaban contentos porque ya no eran todos iguales. Podían intercambiar ideas, oír diferentes acentos y comer diferentes platos. Entonces decidieron no volver a construir el muro.

Estamos seguros que existen algunos muros en la cabeza de los chavales y chavalas de los centros educativos, es por eso que la Fundación Triángulo ofrece al profesorado este material para que les facilite hablarles de diversidad, de orientación afectivo-sexual, de otros modelos de familia, de sentimientos y emociones diversas, etc.

Con el objetivo de que el diferente no se convierta en un extraño, y a través de historias en las que muchos jóvenes gays, lesbianas y bisexuales se sienten identificados, hacerles ver que, afortunadamente, no todo el mundo es “mi mundo” y que hay más vida tras el horizonte de mi aldea.

Este material está dedicado a aquellas personas que pese a que alguna vez se han sentido solas, como un bicho verde con tres ojos y antenas, han seguido adelante por lo que creían y, sobre todo, por lo que sentían.

Equipo de Educación
Fundación Triángulo

ÍNDICE

Otra mamá para Samuel	8
Otra vez veinte años	16
Mis rostros	18
Silvia	20
Mata tus miedos	23
Dulce rutina	26
Demasiado tarde	29
Un cuento mágico	32
Infinitos besos	37
¡Había quedado!	44
¿Qué tal con Pablo?	49
Créditos	60
Direcciones Fundación Triángulo	62

OTRA MAMÁ PARA SAMUEL

Escrito por **Begoña Sastre**

Ilustración: **Luisa Guerrero**

Me gustaría dedicar esta historia a Alejandro G. C. que me enseñó sin saberlo que la vida es tan sencilla como la viven los niños y no tan complicada como la hacemos los mayores. Gracias Alejandro por tus juegos, tus enfados, por tus rabietas, por tus miles de besos cada noche antes de irte a dormir. Gracias por tanto cariño como me has dado y por tanto amor como me has dejado darte. Eso nadie podrá borrarlo nunca. Te quiero. Sé muy feliz, pero sobre todo no dejes nunca de ser tu mismo.

Begoña Sastre



Me llamo Samuel, tengo 7 años, llevo dos años viviendo con mamá en casa de mis abuelitos.

He vivido 5 años con papá y mamá en una casa muy bonita que teníamos en un pueblecito de Madrid, pero hace un año mamá me dijo que íbamos a vivir con los abuelitos. Yo le pregunté si papá también iba a venir, pero ella me dijo que no, porque tenía que quedarse allí a trabajar.

Este año mamá me ha explicado que papá y ella me quieren mucho, pero que no pueden vivir juntos porque ya no son tan amigos como al principio, cuando se conocieron. Dice mamá que papá vendrá a verme muchas veces y también me iré con él a su casa. Bueno, a nuestra antigua casa, donde sigue viviendo papá.



mi papá vendrá
a verme muchas
veces

Ahora estoy feliz en casa de los abuelitos porque me quieren mucho y a mamá también, aunque a veces me gustaría que estuviera papá aquí con nosotros, pero es mejor así, porque cuando vivíamos en la casita del pueblo papá y mamá gritaban mucho y se peleaban, y yo veía llorar a mamá muchas veces. Ahora mamá ya no llora.



Cuando voy a casa de papá, lo paso muy bien porque me lleva al campo a ver animalitos, al río a pescar, a casa de mi tío Manuel que tiene una play y me dejar jugar y luego vemos pelis en casa y papá esta contento y yo también.

Y cuando estoy con mamá, también estoy bien porque mamá se ríe mucho. También hacemos muchas cosas y jugamos con los abuelitos al parchís. Mamá me ayuda a hacer los deberes y juega conmigo.



Ahora, mis papás no están juntos, pero yo estoy más contento y ya no tengo miedo porque papá ya no grita y mamá ya no llora.

Mamá trajo un día del año pasado a una amiga suya a cenar y desde entonces viene muchas veces. Se llama Ana. A mi me gusta mucho Ana, porque juega mucho conmigo. Tiene un coche muy bonito y nos lleva a mamá y a mí a muchos sitios. Vamos al parque de atracciones, al zoo, al cine, a la piscina.



Este verano Ana nos llevó a la playa. Yo nunca había visto una playa, era muy bonita y tenía mucha, mucha agua. Ana llevó una barca hinchable y se metía conmigo en el mar, me encantaba saltar las olas con la barca. A mamá le daba miedo cuando me veía con la barca saltar las olas y me gritaba siempre: ¡Cuidado hijo! Pero yo sabía que no me pasaba nada y le decía: - ¡Tranquila mamá, no pasa nada, estoy bien!

También cogimos muchas conchas y después cuando íbamos a la casa donde vivíamos en la playa, hacíamos collares con las conchas. A mí me gustaba mucho hacer collares con las conchas y Ana me ayudaba a elegir las conchas que tenían agujero para que fuera más fácil hacer los collares y las pulseras.

A los abuelitos no les gustaba Ana, sobre todo a la abuela, porque decía que es mala compañía y no quiere saber nada de ella, pero yo no lo entiendo, porque a mí me parece que es muy buena y mamá la quiere mucho. Dice mamá que es muy buena con ella y conmigo.

Yo soy muy feliz cuando voy con mamá y Ana en el coche y vamos cantando canciones los tres, es super-divertido, ¡jjajajaja!

Mamá me ha llevado a una casita muy bonita. Dice que a partir de ahora, vamos a vivir en ella. Además me ha dicho que vamos a vivir con Ana, los tres juntos ¡qué bien!

mi casita
nueva es
muy bonita



Mi casita nueva es muy bonita y tiene una terraza muy grande, donde dice Ana que vamos a poner una piscina en verano, además yo tengo una habitación para mí solo y no tendré que dormir más en la misma habitación que mamá y voy a poder tener todos mis juguetes y mi bicicleta y mi patinete, porque ahora los tengo en la casita del pueblo, porque en casa de los abuelitos no caben tantas cosas.

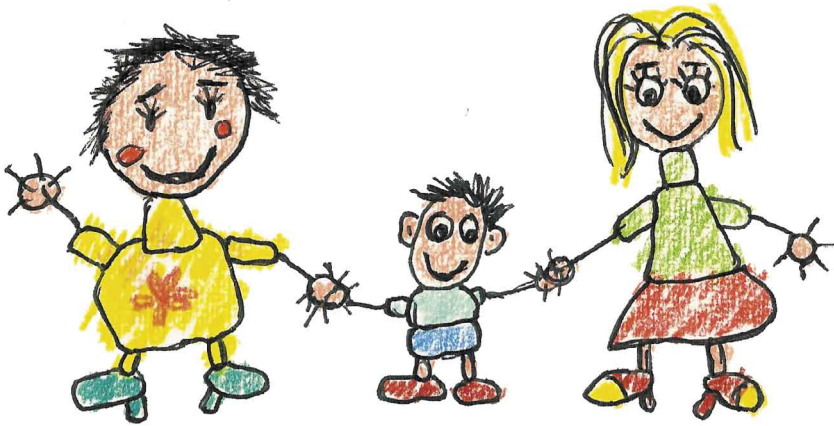
Mamá duerme en una habitación con Ana, porque se quieren mucho y los domingos por la mañana, como yo no tengo cole, me despierto y me meto con ellas en la cama para jugar, pero mamá se levanta corriendo. Yo me quedo con Ana y jugamos, nos tapamos la cabeza debajo de las sábanas y hacemos como si estuviéramos pilotando un avión. Después mamá nos llama porque nos ha preparado el desayuno, pero a veces tiene que venir a buscarnos, porque no le hacemos caso y seguimos jugando, y cuando viene la metemos dentro y le hacemos cosquillas. Lo pasamos muy bien y nos reímos mucho.

Mamá ahora trabaja por la noche y llega a casa cuando tengo que prepararme para ir al colegio. Ana me ayuda a vestirme y me hace el desayuno y mamá me lleva al cole.

Ana se va a trabajar y cuando sale me recoge y me lleva a casa. Cuando llegamos a casa Ana ya tiene la comida preparada y comemos los tres juntos.

Yo les cuento todo lo que he hecho en el colegio y a ellas les gusta escucharme y luego ellas hablan de su trabajo, y a veces protestan de cosas que les pasan, y que yo todavía no entiendo bien. Luego mamá o Ana me ayudan a hacer los deberes, mientras la otra recoge la mesa y jugamos un ratito en la calle a la pelota, o pegamos los cromos de mi álbum de fútbol.

Bueno, yo estoy muy contento, porque ahora he ganado una mamá, y los mimos y cariños de mamá, ahora los tengo dos veces, porque tengo dos mamás.



Ahora tengo dos mamás

ACTIVIDADES sobre el relato: Otra mamá para Samuel

- ¿Está contento Samuel con su familia? ¿Por qué está contento? Ve la película Cachorros (España, 2004). http://www.youtube.com/watch?v=HMShkKh7w_k
Escribe en una hoja las necesidades que puede tener un niño. ¿El protagonista de esta película se las podría cubrir?
- Ahora Samuel vive con dos mujeres, ¿Crees que va a estar igual de bien educado con ellas dos que antes con un papá y una mamá? Busca en Internet argumentos a favor de la adopción homoparental (puedes consultar algunos en www.fundaciontriangulo.es) y en contra (puedes consultar a plataformas como el Foro de la familia). Con estos argumentos, abrir un debate sobre lo que hayas encontrado.
- A los abuelos de Samuel no les gusta la nueva pareja femenina de su madre y dicen que es una “mala compañía”. ¿Por qué crees que no le gusta? Busca en Internet alguna encuesta, por ejemplo del CIS (Centro de estudio Sociológicos), donde se vea el grado de aceptación de la sociedad española al matrimonio y la adopción homoparental.
- ¿Cuáles son los miembros de la familia de Samuel? Con un rotulador dividir una cartulina grande y pegarla en la pared. Dividirla en diferentes bloques: Familia nuclear (padre, madre e hijos/as), familia monoparental (solo hay un padre o madre e hijos/as), familia reconstituida (familia en la que se produce la ruptura de una pareja y cada miembro de esta forma una familia), familia extensa (padre, madre, hijos, tíos, abuelos, etc.), familia homoparental (formada por dos mamás o dos papás e hijos e hijas). ¿Cuáles de estos tipos de familia sería la de Samuel? Busca en revistas ejemplos de estos modelos de familias, recórtalos y pégalos. También puedes dibujar algunos de ellos.

- Busca noticias donde se hable de familias formadas por dos hombres o dos mujeres. A las personas homosexuales, en general, les cuesta más poder adoptar. Busca en Internet la noticia de una jueza de Denia que intentaba impedir que una pareja de mujeres adoptase.

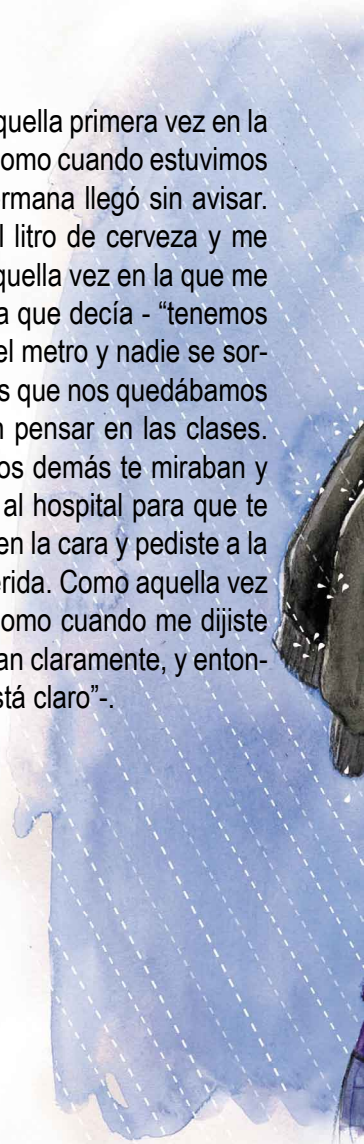


OTRA VEZ VEINTE AÑOS

Escrito por **elputojacktwist** (dosmanzanas.com)

Ilustración: **Laura Ramos París**

Me siento como si volviera a tener veinte años, como aquella primera vez en la que te quitaste la chaqueta y corrimos bajo la lluvia. Como cuando estuvimos la noche entera en las escaleras de tu piso porque tu hermana llegó sin avisar. Como aquella vez que rozaste mis manos al pasarme el litro de cerveza y me susurraste al oído - "no, ella sólo es una amiga"- . Como aquella vez en la que me escribiste una nota en clase tras una noche de borrachera que decía - "tenemos que hablar"- . Como aquella vez en la que me besaste en el metro y nadie se sorprendió (aún guardo el billete). Como aquellas veces en las que nos quedábamos tumbados en el césped de la Facultad mirando al sol sin pensar en las clases. Como cuando te iba a buscar tras el partido de rugby y los demás te miraban y te decían: -"mírale, ahí le tienes"- . Como cuando te llevé al hospital para que te curaran el corte que te hicieron con los tacos de las botas en la cara y pediste a la médico que me dejaran entrar para que te soplara en la herida. Como aquella vez que me abrazaste en tu coche y lloraste como un crío. Como cuando me dijiste que tú nunca te enterabas de nada hasta que no te lo decían claramente, y entonces yo te dije que te quería y tú dijiste: - "vale, ahora ya está claro"- .



ACTIVIDADES sobre el relato: Otra vez veinte años

- ¿Por qué crees que quién narra la historia se siente como si tuviera veinte años?
- ¿Cuál crees que es el género de la persona que narra la historia? ¿por qué?
- En la frase “como aquella vez en la que me besaste en el metro y nadie se sorprendió”, ¿por qué crees que la gente tenía que haberse sorprendido?



MIS ROSTROS

Escrito por **Jordina Costa**

Ilustración: **Rebeca Gordillo Escobar**

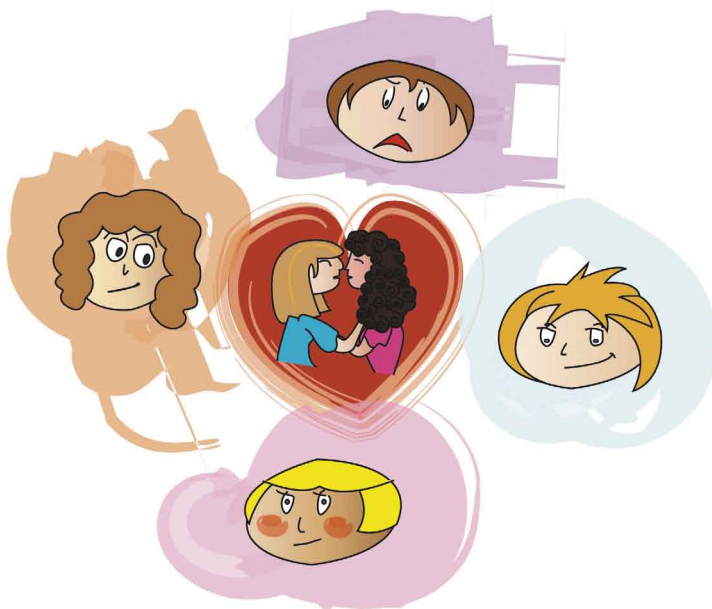
Caminando por la calle me doy cuenta que no somos tan distintos. Es martes y llueve. Es martes y llueve para mí, para ti, para mis madres. Sí es martes y llueve para todos, ¿por qué la gente está empeñada en diferenciarnos? Aunque, pensándolo bien, hace tiempo que yo también clasifico a las personas. Las clasifico por rostros.

Hoy nos hemos cruzado con un rostro amable. Lleno de serenidad y sabiduría. Con las arrugas justas de una persona afable. Nos ha mirado y nos ha sonreído. Era un rostro sincero. De esos de pellizco. Sí, que les pellizcarías los mofletes a cada rato. Pero no siempre es así. Cuando vamos al parque y yo estoy jugando en los columpios, Irene y Marta se sientan en un banco a mirarme. A veces se besan. Entonces aparecen todo tipo de rostros. El que se sonroja y mira hacia otro lado. Este me da risa. Pasa de amarillo a rojo en segundos. No sé si sienten vergüenza por ver besarse a dos personas o sienten pena de ellos por no poder vivir un amor como el suyo. También está el rostro más que malo que hace unos gestos de asco. Sin disimulo. Sus ojos son de desprecio y su boca... no sé. Parece un rostro restringido. No me gusta este rostro. Otro rostro que me encanta es el de sorpresa. Los ojos muy abiertos y de la boca se les escapa una sonrisilla. Tímida.

Un día soñé con un rostro que me dio miedo. Irene y Marta estaban cenando. Un rostro lleno de odio se les acercaba. Les gritaba. Yo sólo veía los ojos pequeños y apretados. Unas cejas espesas llenas de rabia. Una boca llena de babas con unos grandes dientes. No oía que les estaba gritando. Sólo pensaba en ellas. ¿Qué les haría este rostro? Me desperté gritando. La cama estaba mojada.

ACTIVIDADES sobre el relato: Mis rostros

- Comenta la frase: “ es martes, llueve para mi, para ti, para mis madres”
- ¿Por qué crees que se le pone una “etiqueta” a las protagonistas del relato? ¿hay alguna razón?
- ¿Qué edad crees que pueda tener quién narra la historia?
- ¿Por qué crees que muchos rostros reaccionan negativamente al ver a sus madres?
- ¿Cómo calificarías los rostros que te ven diariamente?
- ¿Crees que la sociedad actual escasilla a la persona por su orientación sexual?





SILVIA

Escrito por **Rosana Díaz**

Ilustración: **Laura Pacheco Torres**

Adela, madre de Silvia.-

Me da pena ver a ésta hija mía así, tan triste, todo el día viendo la tele, con esa manía que le ha dado ahora por ir de negro de la cabeza a los pies, que parece una sepulturera... Que la deje en paz y que no me meta en su vida... Pero en su vida ya estoy, y ella en la mía... Si supiera cómo me duele verla así, sin interés por nada, con lo que a ella le gustaba nadar y salir y las bicis y el campo y el cine... Si al menos me lo contara... Porque si se lo digo yo, a lo mejor es peor... No sé...

Susana, mejor amiga de Silvia.-

La verdad es que ya le vale a Silvia, joder, que todo el mundo lo sabe menos ella. Un día de estos se la planto: - pero, tía, ¿tú no te das cuenta, de que a ti lo que te pasa es que eres bollera?-. Asúmelo, tía, que no pasa nada... Claro, que a ver cómo se lo toma, que últimamente no hay quién la aguante, menudo muermo de tía, todo el día leyendo esos libros raros que se cree que con forrarlos no nos vamos a dar cuenta... Ya es que no hacemos nada juntas, ni al cine va... Yo creo que es mejor no decirle nada... No sé...

Jorge, compañero de natación de Silvia.-

Pues ya lo sé, ya sé que no tengo ninguna posibilidad, pero qué le voy a hacer si a mí me gusta; joder, bastante desgracia tengo... Y además, un día me besó... Que fue ella quien se acercó en el vestuario, ¡¿eh?!, que conste. Y me lo plantó así, de repente... Vale que luego se puso a llorar y salió corriendo, pero a lo mejor hice algo mal, no sé... A lo mejor, si Elena no le hace caso... No sé...

Diana, hermana de Silvia.-

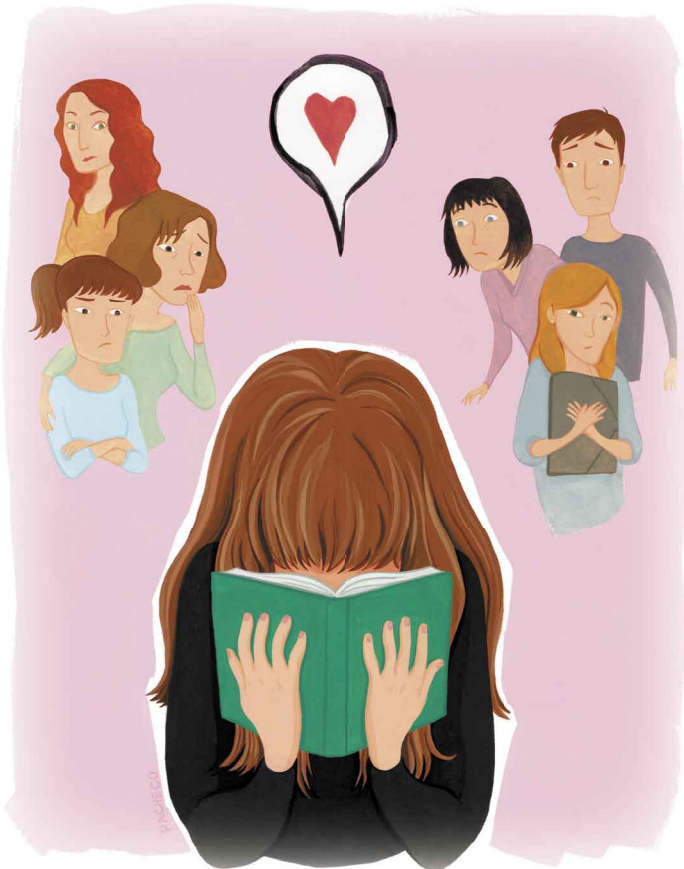
Me tiene hartita mi hermanita, la verdad, hartita del todo: o se pasa el día dando gritos, que no hay quien la soporte, o se encierra en su cuarto a llorar, se creará que no se la oye... Y mi madre venga a preguntar que qué le pasa, y yo qué sé mamá; cómo si ella no lo supiera, no te jode, anda que no está claro, si es que no caga por la tal Elena ésa... O a lo mejor no está tan claro... No sé...

Elena, compañera de clase de Silvia.-

Yo creo que a Silvia le gusto, la verdad. Muchas veces cuando levanto la cabeza me la encuentro mirándome y luego hace como si estuviera muy concentrada en la pizarra, como si a ella le importaran algo los polímeros... Un día le presté un bolígrafo y me sonrió mucho y luego me cogió la mano para darme las gracias y a mí me dio algo así como un calambre... Es un poco rara esta Silvia, pero me cae bien, no sé...

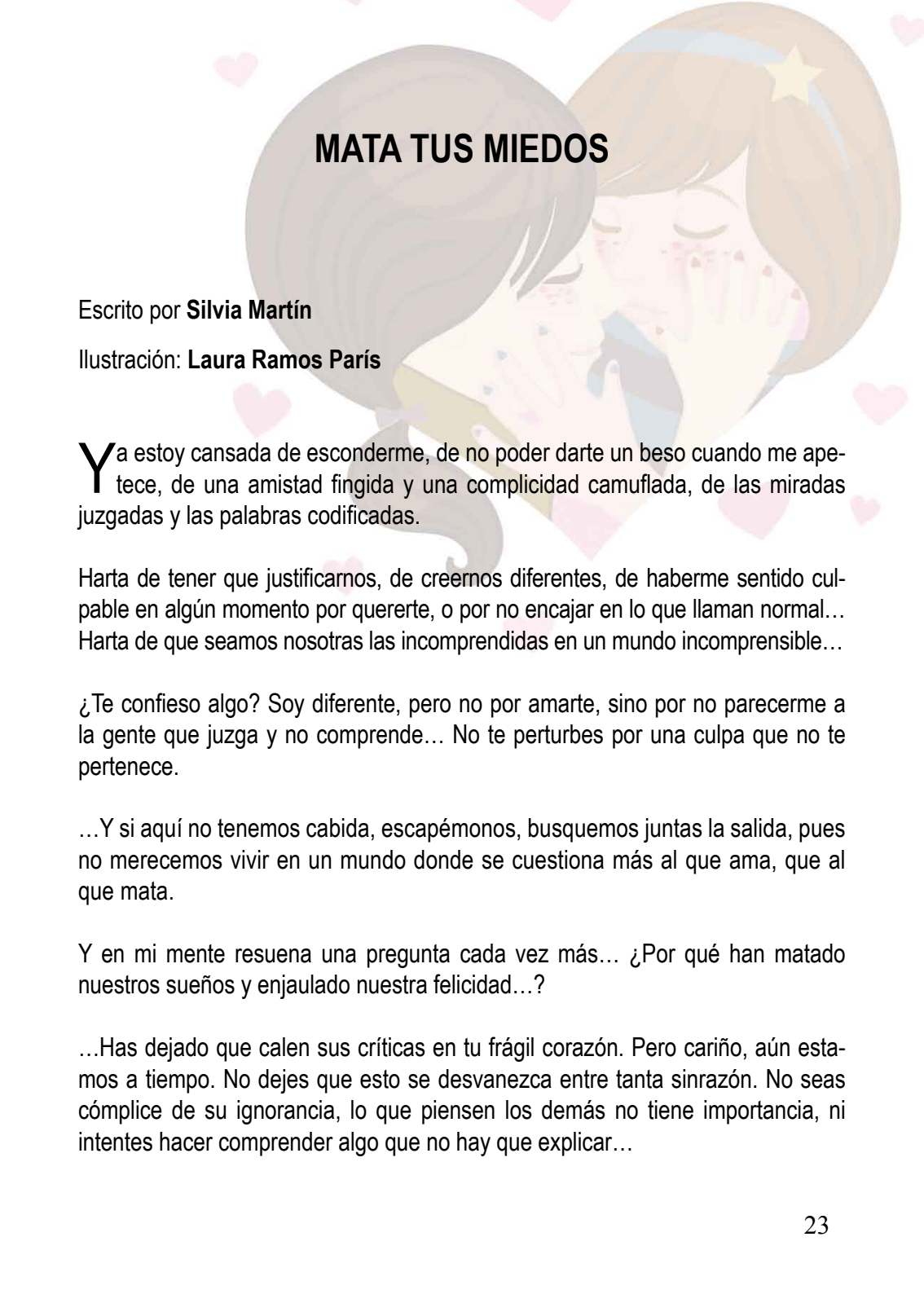
Josefina, profesora de Silvia.-

Tengo que hablar con sus padres, pero primero tengo que hablar con ella, por supuesto... No creo que sea consciente de lo que le pasa... Bueno, tendré que contarle que tiene una profesora lesbiana, qué remedio... Aunque... el director... No sé...



ACTIVIDADES sobre el relato: Silvia

- En el relato se ve como todo el mundo sabe que Silvia es lesbiana, pero nadie habla abiertamente del tema con ella ¿Por qué crees que ocurre esto?
- También se dice que en una vez Silvia besó a un chico y luego se puso a llorar. ¿Por qué le pasaría eso? Visiona la película “Mentiras y gordas” (España, 2009): A la protagonista de la película le ocurre algo parecido a Silvia, ¿no?
- Lee el folleto “Creo que soy homosexual, creo que soy bisexual. ¿Y ahora qué?” Editado por la Fundación Triángulo Juventud y que podrás encontrar en su web: www.fundaciontriangulo.org. Lee sobre todo el apartado “Algunos miedos que tengo” ¿Cuáles son esos miedos? Haz una lista de ellos.
- Una vez leído el folleto del punto anterior, realiza una entrevista a un chaval/a gai, lesbiana o bisexual, preguntándole si él o ella pasó por todo lo que se describe en el folleto. Puedes utilizar a alguien que conozca o ponerte en contacto con algún colectivo homosexual que tenga un grupo de jóvenes.
- Parece ser que Silvia, la protagonista del relato, se pasa todo el día triste y sin interés por nada. Busca en Internet algún dato sobre consecuencias negativas de la homofobia en adolescentes. ¿Pueden tener mayores niveles de ansiedad? ¿Y de depresión?
- Escribe un pequeño relato (no más de 20 líneas) sobre como ayudarías a un amigo/a que estuviera pasando por el proceso de aceptación.



MATA TUS MIEDOS

Escrito por **Silvia Martín**

Ilustración: **Laura Ramos París**

Ya estoy cansada de esconderme, de no poder darte un beso cuando me apeetece, de una amistad fingida y una complicidad camuflada, de las miradas juzgadas y las palabras codificadas.

Harta de tener que justificarnos, de creernos diferentes, de haberme sentido culpable en algún momento por quererte, o por no encajar en lo que llaman normal... Harta de que seamos nosotras las incomprendidas en un mundo incomprendible...

¿Te confieso algo? Soy diferente, pero no por amarte, sino por no parecerme a la gente que juzga y no comprende... No te perturbes por una culpa que no te pertenece.

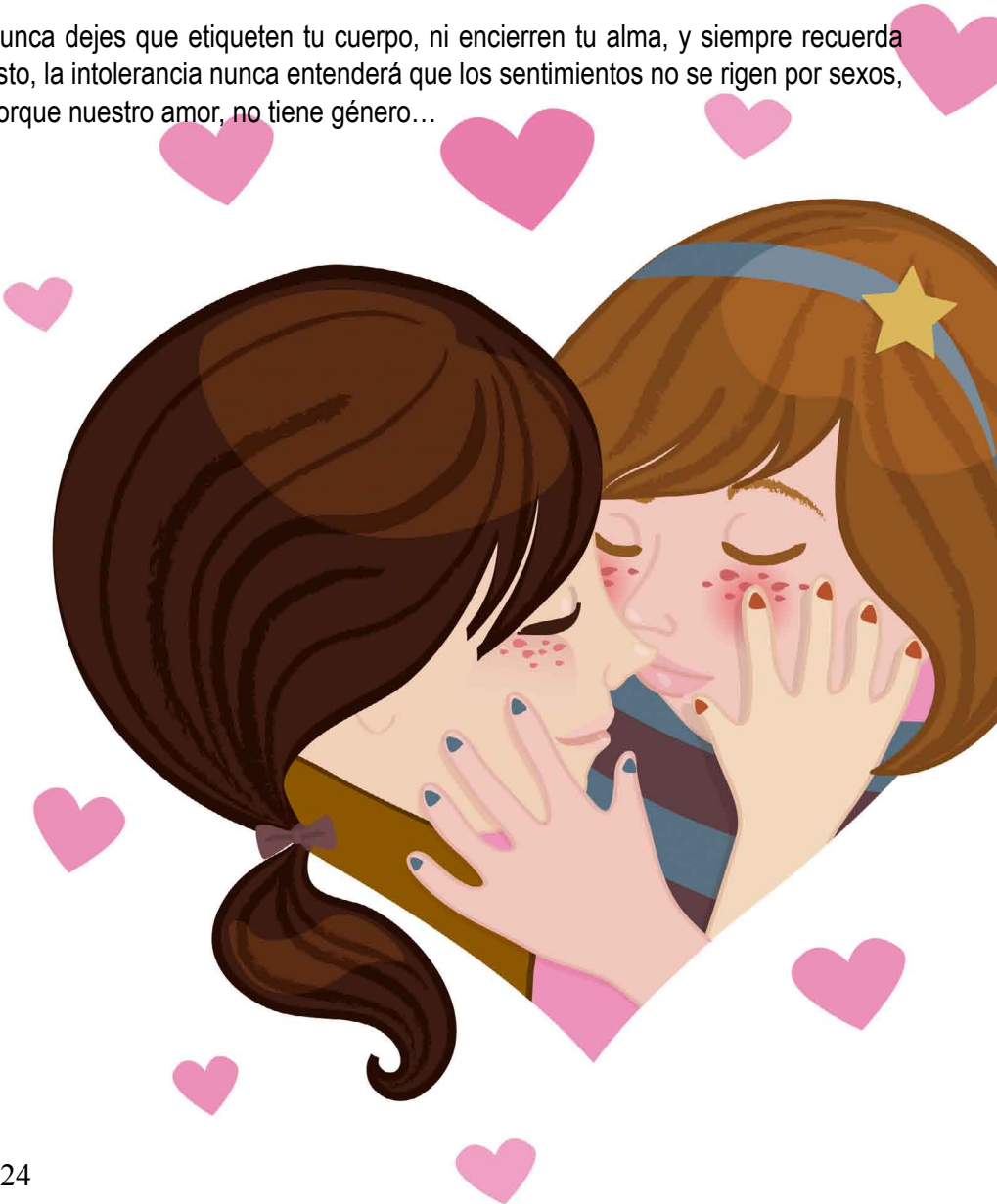
...Y si aquí no tenemos cabida, escapémonos, busquemos juntas la salida, pues no merecemos vivir en un mundo donde se cuestiona más al que ama, que al que mata.

Y en mi mente resuena una pregunta cada vez más... ¿Por qué han matado nuestros sueños y enjaulado nuestra felicidad...?

...Has dejado que calen sus críticas en tu frágil corazón. Pero cariño, aún estamos a tiempo. No dejes que esto se desvanezca entre tanta sinrazón. No seas cómplice de su ignorancia, lo que piensen los demás no tiene importancia, ni intentes hacer comprender algo que no hay que explicar...

Ahora me escuecen más las heridas en la piel, porque tus labios no están para calmar el dolor que me produce esta sociedad... Porque sin ti, el camino se hace absurdo... Volvamos a sentir el calor de nuestros cuerpos, pero esta vez sin miedos, sin miradas de reojo, sin escondernos. Ya me he cansado de fingir que no te deseo...

Nunca dejes que etiqueten tu cuerpo, ni encierren tu alma, y siempre recuerda esto, la intolerancia nunca entenderá que los sentimientos no se rigen por sexos, porque nuestro amor, no tiene género...



ACTIVIDADES sobre el relato: Mata tus miedos

- ¿Por qué crees que las protagonistas deben esconder su amor? ¿Qué pasa si no se esconden? ¿Habla el poema de esas consecuencias?
- Comenta la frase: “No merecemos vivir en un mundo donde se cuestiona más al que ama que al que mata”. ¿Por qué crees que la sociedad teme el lesbianismo?
- Se habla de “críticas” que han arruinado el amor de las protagonistas, de “gente que juzga”, ¿qué puede decir esa gente? ¿cuáles son esas críticas? ¿qué le puede molestar a la gente de que dos mujeres se amen?
- Escuchar “Mujer contra mujer”, de Mecano. Comentar: “una opina que aquello no está bien / la otra opina que qué se le va a hacer”: ¿qué es lo que no está bien? ¿Por qué a una le parece inevitable portarse así? ¿Ves algún cambio entre esa canción, escrita en 1986, y el poema en cuanto a la necesidad de esconderse? Busca información de esa canción en Wikipedia.

DULCE RUTINA


Escrito por **Jesús González**

Ilustración: **Almudena López Martín**



Como cada mañana, Asier se levanta a las 08:30 para desayunar con su familia: leche de soja, cereales liofilizados, espuma de yogur y zumo de naranjas orgánicas. Un capricho en forma de palmerita de chocolate de lecitina de soja, un beso de buenos días, y al instituto. En el camino se topa con su amigo Jon, que camina de la mano de su novio Albert. Los tres tienen 19 años, es su primer día de estudios tras las vacaciones de mayo (ahora el calendario escolar se articula en tiempos diferentes a los de hace unos años), y sus mochilas van ligeras, tan sólo llevan un iBook, un Notebook y una barrita de cereales hipocalórica equivalente a un bocadillo de tortilla. Ya no hay libros. Ya no hay tarteras ni bocadillos. No hacen falta. Al centro de enseñanza acuden caminando y se van encontrando con el resto de amigos que configuran la pandilla: Carla y Joan, Efraín, Mikel, Ainhoa y su nuevo ligue: Lara, una jovencita que conoció en la ciberteca del “insti” y con la que congenia de maravilla; a la que su madre ha aceptado sin rubor ni dramas.

A las 09:30, comienza la clase de Educación para la ciudadanía. Los temas de hoy: “La historia de los movimientos LGBT a lo largo de la historia contemporánea” (ahora vivimos en el futuro), y “Las Asociaciones en defensa de los derechos de Gais, Lesbianas y Transexuales ya no existen”. Son historia. Hoy todos están expectantes porque la profesora, Mara, les anunció que vendría a visitarles un histórico de la lucha social para la igualdad de todas y todos. Es una sorpresa. Los chicos barajan nombres como si de famosos de series de televisión se tratara: ¿será Pedro, Boti, Beatriz, Miguel Ángel, Carla, Silvia, Tony, Armand, Pablo...? Pues no. Su nombre es Iván, y comenzó como voluntario en una ONG de co-



operación e integración de Gais, Lesbianas y Transexuales en Plasencia, hace muchos años. Era un anónimo más, pero su trabajo, su tesón, su energía, su lucha de muchos, muchos años, derribó las barreras de la diferencia y de la desigualdad, generando la tolerancia y la diversidad. Al principio los alumnos se quedan un poco chafados. A todos les hubiera gustado una “celebrity” de la causa, pero poco a poco Iván se sumerge en el mundo de la pérdida inocencia de estos jóvenes y tras casi una hora de charla, de coloquio, de debate, incluso Marcos, un guapo y espabilado chico le ha dejado el teléfono sin rubor, para continuar con la amigable charla.

Cuando Iván salía del centro educativo, ha sentido cierto escalofrío en el espinazo. De satisfacción..., pero también de sana envidia. Iván reflejó en sus retinas aquellas luchas por la igualdad, las macro manifestaciones desgañitándose por conseguir la equiparación de derechos, vivió el día de la aprobación del matrimonio, de la Ley para Transexuales, de la lucha de la paridad de las lesbianas. Sufrió en sus carnes escupitajos, insultos, patadas y alguna que otra ostia, de los fachas, de los que se hacían llamar “moderados liberales”, de la Iglesia y sus sotanas, de los que se manifestaban en contra de la familia plural y en defensa de sus valores egoístas y retrógrados. Recuerda la lucha contra el VIH en el repunte, que a finales del 2009 amenazó de nuevo con una pandemia de SIDA. Pero también rememora (y se le eriza el vello de tan solo pensarlo), cuando un científico por fin anunció la vacuna contra el VIH, su comercialización por una farmacéutica (a un precio lógico y accesible) y el fin de muchas penas.

Camino del metro, mira en las pantallas de la Universidad las últimas noticias. La cadena oficial de Televisión recuerda: “Hoy hace 25 años, seis homosexuales fueron asesinados en Irak durante los primeros 10 días del año 2009”. Se estremece. No mira hacia atrás. Continúa caminando mientras el acceso al metro le pide que plasme su huella digital sobre el torniquete de entrada. Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor. No lo creo. La semilla sembrada por tantos miles, millones de mujeres y hombres públicos y anónimos, ha florecido en una sociedad más justa, más lógica, más humana. La semilla: la educación. El fruto, el que todos queremos recoger: lo que dijo Confucio hace ya 3.000 años: “Dónde hay educación, no hay distinción de clases”.

ACTIVIDADES sobre el relato: Dulce rutina

- ¿Qué diferencia observas entre el grupo de chicas y chicos del instituto que visita Iván y el grupo de tu clase? ¿Se visibilizan los gays y lesbianas en tu instituto?
- ¿Conoces algún movimiento LGBT* actualmente? ¿Cuál crees que es su labor? Entra en internet y has una búsqueda de todos los grupos que existen en tu Comunidad Autónoma.
- ¿Crees que en la sociedad actual se educa en la igualdad y respeto hacia el “diferente”?
- ¿Sabías que actualmente los homosexuales son condenados a pena de muerte en Irak y algunos otros países más? ¿qué opinión te merece?

(* Movimiento de Lesbianas, Gais, Bisexuales y Trans (LGBT)

DEMASIADO TARDE

Escrito por **Jesús González**

Ilustración: **Luisa Guerrero**

Es curioso, nunca te había visto llorar. Siempre fuiste tan fuerte, tan pétrea, tan inflexible en tus decisiones, en tus creencias, en tu trato. Nunca hablé contigo con sinceridad, desde el corazón, contándote lo que me pasaba, lo que sentía, lo que me ocurría. Lo intenté. Varias veces. Pero siempre pasaba algo, siempre tenías un detalle, un gesto, una determinación que me echaba para atrás. Tal vez era una pequeña crítica hacia algún personaje que salía en la televisión. O enjuiciabas sin pudor el hecho de que cada vez más gente demostrara el amor que sentía hacia otra persona. Como si a ti te influyera en algo. Como si fuera un oprobio hacia tu persona. Como si te diera asco. Otras veces oía cómo discutías con tu hermano por teléfono. No estaba seguro pero algo me decía que era igual que yo, que sus sentimientos manaban por el mismo cauce que los míos. Escondido tras la puerta, escuchando atentamente el sonido de tu voz encolerizada, notaba cómo se me atenazaba el corazón, llegando incluso a quemarme el pecho, pensando que había hecho algo que no merecía tu conmiseración. Igual que tu hermano. Igual que el resto de los que eran como yo. Y escupías improprios, insultos, vituperios a diestro y siniestro, rogando después a tu Dios que te perdonase en lugar de disculparte tú. Siempre pretendiendo que un ser superior, intangible, inmortal, fuera benevolente con tus errores sin que tú lo fueras con los de los demás. A veces quería contarte lo que me pasaba en el instituto. Me sentía incomprendido, diferente, raro. No congeniaba con nadie. Me sentía solo. Tú debías saberlo. Jamás tuve amigos, nadie iba a casa y yo tampoco iba a ninguna. Siempre solo. Solo hasta el punto de que ni mi propia madre sabía cómo era. Ni mi propia madre tenía la menor idea del daño que me hacían sus palabras, sus

desplantes, su ignorancia hacia lo que me ocurría. Estaba casi seguro de que ni mi propia madre me quería. Y ahora siento que no es así, que lo que pasaba es que te daba miedo plantarle cara a la verdad, afrontar lo que tu hijo era y quererlo sin contemplaciones. Siempre es más fácil quedarse estancado, seguro en lo que uno conoce, que adentrarse en terrenos inexplorados, nuevos, extraños. Siempre supe que nunca te lo diría. Y tenía razón. Ya es demasiado tarde. De nada sirve que llores ahora por tu difunto hijo.



ACTIVIDADES sobre el relato: Demasiado tarde

- ¿Por qué crees que el autor ha titulado el relato “Demasiado Tarde”?
- ¿Por qué crees que el protagonista se sentía “incomprendido, diferente, raro”?
- Comenta la frase: “y ahora siento que no es así, lo que pasaba es que te daba miedo plantarle cara a la verdad”.
- ¿Cómo crees que debería haber reaccionado la madre del protagonista para evitar el fatal desenlace de la historia?





UN CUENTO MÁGICO

Escrito por **Antonio Oria de Rueda Salguero**

Ilustración: **Sara Del Río Arroyo**

Cuento para un chavalito alegre que está triste

Hoy, como tantos otros días, José ha llegado llorando a casa y se ha encerrado en el cuarto de baño. Ha vomitado su coraje delante del espejo. En el espejo, ha visto un conejito herido, tembloroso, con sus preciosos ojos enrojecidos, el cuerpo entero hecho de terror.

Si no tuviese tanto miedo y tanta rabia, hubiese visto a un chaval bonito, con un cuerpo mágico que encierra un corazón y un alma maravillosos. Pero no puede verlos. Solo puede ver un conejo que tiembla.

Sus gritos de dolor han llamado a su madre, que aporrea la puerta, 'abre ahora mismo, hijo mío, chiquitín, qué te pasa, corazón'.

Pero José sólo puede oír a Rober, en su cabeza. Rober es el tío más guay de su clase. El más temido y el más celebrado. El que concentra todas las miradas y el que anima lo peor del grupo. Hoy, Rober ha llegado con todas las hormonas dispuestas para la cacería del conejo. Hoy no se ha atrevido a pegarle, por si llegaban las chavalas, pero le ha humillado de la manera más brutal que su imaginación ha encontrado. Rober no es inteligente. Pero saca sus mejores fuerzas cuando quiere reírse de él. Del maricón. Maricón. Nena. Mariconazo.

Inventa las fantasías más raras para lograr que todos los demás le escupan todo su desprecio encima. La jauría de lobos. Es capaz de excitar las babas más crueles en los demás chavales de clase. Cuando Rober llega al colegio con el colmillo cruzado, José sabe que el mundo se va a convertir en un infierno helado. Cuando Rober le mira, José sabe que puede ponerse a temblar.

A veces, las chavalas le defienden. Pero es peor. Con las chavalas delante, Rober se crece hasta convertirse en una hiena de un tamaño monstruoso. Otras veces, el tutor, que es un pánfilo y no se entera de nada, aunque él se cree que se las sabe todas, les echa una bronca a los dos: el agresor y la víctima unidos por la bronca del tutor.

Todo el cuerpo se hace dolor, es tanta la rabia y tanta la compasión que siente por sí mismo, que le duele en todo el cuerpo, más allá del cuerpo. Los ojos, rojos, le escuecen; en el espejo, el conejo tierno no sabe dónde meterse. Del baño ha salido a su cuarto y se ha metido en la cama sin cenar. Da vueltas en la cama. Hay mar de fondo. Vueltas y más vueltas. En la cama y en la cabeza. Pero le acaba venciendo el cansancio y duerme agitado. Sobre las cuatro de la mañana comienza a sentir su cuerpo con una claridad y una contundencia nuevas. Todo su cuerpo está gigante y esa sensación de presencia completa en sí mismo, desde dentro, le hace despertar.

Se levanta y vuelve al baño. No enciende la luz. Al acercarse al espejo, contempla cómo una bola de oro, al rojo vivo, inunda sus formas, desde el corazón hasta las uñas de los dedos. ¿Qué es esto? Esto eres tú.

De otro golpe de fuerza, empieza a sonar, a pleno pulmón, una canción de Bebe, hoy vas a descubrir que el mundo es solo para ti, que nadie puede hacerte daño, nadie puede hacerte daño, hoy vas a comprender que el miedo se puede romper con un solo portazo. Hoy vas a hacer reír porque tus ojos se han cansado de ser llanto, de ser llanto... Hoy vas a conseguir reírte hasta de ti y ver que lo has logrado que...

Enciende la luz. En vez del conejito asustado, le sonríe desde el espejo una amable fiera. Al sonreír, muestra dos hileras de dientes afilados, cuatro en total. Su pelo es mucho más bonito que el del conejo. Pero en vez de estar acojonado... la fiera da miedo... Si, es verdad: la fiera sonríe. Pero solamente cuando los que le rodean sonríen. Y...sólo sabe sonreír con su doble hilera de dientes afilados.

La fiera está temblando. Pero esta vez, en vez de un temblor aterrorizado, se trata del temblor de quien siente que empieza otra vez la vida, el temblor de quien se

siente excitado por la tarea que tiene delante. Ahora, escucha dentro de él mismo: maricón, jeje, maricón, suena bien, suena un montón, maricónnn. Soy maricón. Cómo me gusta ser maricón. Cada vez que escuche la palabra maricón, me voy a partir de risaaaaa.

La fiera vuelve a la cama. Ahora, la noche es plácida y tranquila. No hay marejada, solo mar en calma. Sueño sonriente. Se levanta. Un beso a la madre. El desayuno. El instituto. Rober ha tenido una mala noche y le mete una mala hostia. A José no le duele. Hay, dentro, una bola de oro al rojo vivo que se ha comido la hostia. La boca se le contrae en una sonrisa de desprecio que le desconcierta a Rober. Quiere volverle a meter, pero está perdido. ¿Qué le pasa a este? ¿Quién es este? Ahora, José se cruza con el tutor, le mira con la misma mueca, y el tutor se siente un gilipollas, completamente gilipollas. ¿Qué le pasa a este? ¿Quién es este? Llega a clase, y las compañeras se le acercan. ¿Qué tal estás? Pues normal, estoy normal. La misma sonrisa. ¿Qué le pasa a este? ¿Quién es este?

Nadie me va a tocar. Aunque me vuelquen hondonadas de hostias malas, no van a tocar nada de lo que tengo dentro. No hay conejos, ya. Solo una fiera. Una fiera que sabe que, pase lo que pase, es intocable. En mi bola de fuego. Una fiera que sabe enseñar los dientes sin perder su precioso pelo, hecho de seda brillante. Nadie me va a compadecer, sencillamente porque no hay nada que compadecer. Y el que menos se va a compadecer, soy yo mismo. Ya está.

Han pasado dos meses, y Rober se cruza con José en el baño. Rober, el duro. Rober, el macho, el que las vuelve a todas locas. Le mira, dentro de los ojos. El macho quiere ligar con él. Está loco de ganas de ligar con él, de liarse con él. José se parte de risa. Sonríe. Y, al sonreír, enseña su doble hilera de dientes. Qué colgado estás, tronco. Y qué poco me interesas...



ACTIVIDADES sobre el relato: Un cuento mágico

- ¿Crees que el protagonista de la historia, José, tiene confianza en sí mismo?
¿Consideras que es importante confiar en ti mismo?
- ¿Por qué crees que el compañero de clase de José, Robert, se burla de él?
¿Piensas que es justo?
- ¿Qué opinas de la actitud del tutor de la clase? ¿ha actuado correctamente?
- ¿Qué crees que le ocurre a José para que cambie su actitud ante las humillaciones que padece?
- ¿Cómo reaccionarías si una situación similar sucede en tu clase?
- Socialmente Robert despreciaba a José por ser gai. ¿por qué crees finalmente se siente atraído por él?
- Busca en la wikipedia la palabra homofobia



INFINITOS BESOS

escrito por **Oscar Hernández**

Ilustración: **Luisa Guerrero**

Mañana es el cumpleaños de Mateo. Le compraré rosas blancas, como cada año. No hay nada raro en las rosas blancas. Al menos hoy en día. Hace diez años, cuando se las regalé por primera vez, era diferente, bastante diferente. Parece mentira que en sólo una década las cosas puedan cambiar tanto. Dicen que las épocas glaciales aparecen y desaparecen en una o dos décadas. Un cambio de tanta envergadura a nivel planetario podría compararse con el tiempo que tarda una persona en darse cuenta de algo. “Anagnórisis” llamaban los antiguos griegos al hecho de darse cuenta de algo, de casar las piezas de un rompecabezas. Aunque el término se refiere más a descubrir que uno se ha casado con su madre o que un fulano acaba de dar muerte a su hermano sin saber que estaban unidos por tamaño lazo de sangre.

Y es que un instante es suficiente para darse cuenta de que uno no es como creía ser, sino diferente. Ni mejor ni peor, diferente.

Eso me pasó con Mateo, hace diez años, el tiempo que tarda el mundo entero en congelarse o en dar paso a una primavera milenaria.

Íbamos al mismo instituto, aunque hasta cuarto de la ESO no coincidimos en clase. Nunca había reparado en él a pesar de que sabía de su existencia porque mis amigos de entonces se metían con él en el patio. En el instituto Mateo se esforzaba en pasar desapercibido pero sus formas delicadas y su tono sereno hacían que todo el mundo se diese cuenta de que era diferente a la mayoría de los chicos. Obviamente muchos lo insultaban y le llamaban maricón y otros insultos que solían ir acompañados de gestos obscenos, o de algún que otro empujón que no pasaba a mayores.

Nunca me metí con él, jamás lo insulté ni lo agredí, pero tampoco hice nada para evitar que los demás lo hicieran. Formé parte de aquella Inquisición que lo condenaba cada vez que recorría los escasos cincuenta metros que separaban el aula

de la cafetería, o que se mofaban de sus camisetas con dibujos japoneses y de su cuerpo ceniciento en el vestuario, cuando hacíamos gimnasia.

No lo defendí. Sin embargo, en cuarto de la ESO tuve que compartir con él muchas horas. El profesor de Historia nos mandó hacer un trabajo sobre los campos de concentración nazis, concretamente sobre las diferentes enseñas con las que los nazis etiquetaron a los prisioneros de los campos de concentración. Teníamos que colocarnos en parejas y como era de esperar, Mateo se quedó solo. Cuando el profesor, al que todo el instituto llamaba Justiniano porque cuando explicaba el Imperio Bizantino contaba con pasión todo tipo de curiosidades y anécdotas sobre el emperador y su esposa Teodora, me mandó formar grupo con Mateo; simplemente, asentí.

No sabía en aquel momento que se avecinaba un cambio planetario, el comienzo de una era glacial, o del deshielo, según cómo se mire. Me acerqué a Mateo y le dije “hola”. Él simplemente mascullo algo ininteligible.

El trabajo no era complicado. Teníamos dos semanas para buscar información sobre los diferentes grupos de prisioneros y montar un par de cartulinas con dibujos, mapas y explicaciones, que posteriormente se unirían a los murales de los demás grupos, para hacer una exposición sobre la II Guerra Mundial en los pasillos del aula. También teníamos que preparar una intervención explicando a los demás compañeros de clase lo que habíamos descubierto.

Pero el trabajo sí era complicado para mí. Yo no tenía ordenador ni Internet, sin embargo Mateo sí. Y eso significaba que tendría que ir su casa cada tarde durante las dos siguientes semanas para poder buscar información y preparar el trabajo a tiempo.

Las burlas no se hicieron esperar. Aquella misma mañana encontré un triángulo rosa de papel en mi mochila. Lo arrugué con rabia mientras miraba alrededor. Los que hasta unos minutos antes habían sido mis compañeros, mis amigos, disimulaban torpemente sus mofas y sus risas; me sentí herido.

Aquella tarde fui a casa de Mateo por primera vez. Estaba nervioso, enfadado, incluso furioso. Me abrió la puerta del portal sin siquiera preguntar quién era. Entré en el ascensor y presioné en número siete, su piso. Durante los segundos que duró el trayecto me di cuenta que el ascensor estaba totalmente forrado de espejos en todos sus lados salvo en el de las puertas. Me fijé en mi reflejo y observé que mi

imagen rebotaba en los espejos opuestos creando una ilusión que multiplicaba hasta el infinito mi imagen, alejándola de mí, empujándose con cada nuevo reflejo, y convirtiéndose en un pequeño bulto oscuro, en el horizonte infinito del reflejo. Alargué la mano hacia el espejo y sólo conseguí ahondar en aquella sensación inabarcable en la que me pareció caer, perdiéndome para siempre en un bucle de reflejos de los reflejos de otros reflejos, y así, hasta el fin de los días.

Una campana aguda seguida de un frenazo y un pequeño rebote, me sacaron del ensimismamiento. Las puertas se abrieron. Salí del ascensor y a mi izquierda vi que la puerta de la casa de Mateo estaba abierta. Toqué con los nudillos y entré.

Mateo apareció luciendo una camiseta amarilla. Me sonrió y me invitó a pasar. Aquella habitación era una especie de mundo nuevo, un mundo diferente, un país de las maravillas. Las paredes estaban llenas de pósters y dibujos de vivos colores. Había un mural de corcho colmado de fotografías de Mateo con sus padres, su hermana, sus primos y con otros familiares. En cada foto Mateo sonreía, irradiando una vida que yo desconocía en él. En un rincón, sobre una mesita, había un jarrón con rosas blancas, que daban un toque sensual al dormitorio. La luz de la habitación era cálida y todo irradiaba serenidad. Incluso Mateo parecía diferente, sonreía, se movía más. Ya no era el autómatas reprimido que llevaba viendo deslizarse por los pasillos del instituto desde hacía cuatro años. Era un chico vivo, lleno de vitalidad, de alegría y de energía. Incluso vestía diferente, con más colores, con más vida. Aquel Mateo me cayó bien desde el primer instante. Le sonreí y me senté en una butaca, junto al escritorio donde el ordenador esperaba que nos pusiéramos a trabajar.

Mateo fue a la cocina y volvió en un instante con dos refrescos y dos sándwiches de jamón y queso. Se sentó en el borde de la cama y se puso a comer con toda naturalidad. Mientras comíamos, hablamos del instituto, de los compañeros de clase, de los profesores, y sin darnos cuenta estábamos riéndonos de todas las anécdotas que conocíamos sobre los profesores, y que no por contadas una y mil veces nos hacían menos gracia. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto, que no lloraba de risa, y acabé por el suelo con dolores de estómago. Mateo era realmente divertido, ingenioso y gracioso. Contaba las anécdotas con todo tipo de detalles, y me di cuenta que aunque normalmente parecía ausente, como un fantasma, observaba todo y a todos desde su ostracismo involuntario.

Aquella tarde no hicimos absolutamente nada del trabajo de Historia. Así que antes de irme prometimos trabajar duro a partir del día siguiente.

En el instituto cada uno volvía a su rol. Yo no quería que se repitiera la broma del triángulo rosa, así que trataba de evitar a Mateo sin que se notara. Aunque de manera involuntaria, por lo menos al principio, intenté que mis amigos también lo dejaran en paz. Estos pequeños cambios no le pasaron inadvertidos a Mateo, quien, aquella misma tarde me lo comentó. Traté de quitarle importancia y cambiar de tema, sin embargo, él insistió en hablar de ello. Estábamos solos en su casa, sus padres trabajaban por las tardes, y su hermana pequeña iba a ballet cuando salía de la escuela. Mateo pasaba sus tardes a solas, con sus dibujos, sus fotos, y sus sueños. A veces se daba una vuelta en moto, pero normalmente, se quedaba en casa. Yo era una oportunidad, una ventana, y él se asomó por ella y gritó con todas sus fuerzas. En cierta manera se aprovechó de la situación, ya que mi nota en Historia dependía de aquel trabajo, y por eso tenía que estar con él. Y él necesitaba hablar, compartir, ser.

Finalmente salió el tema de la homosexualidad. Mateo me lo dijo sin más, sin dramas ni culpas. Lo dijo cuando repasábamos los diferentes triángulos que los nazis habían impuesto a sus prisioneros. Me dijo, “yo soy homosexual”, y añadió, “ya lo sabías, ¿no?”. No supe qué decir. Quería salir de allí, pero al mismo tiempo sentí que me quitaban un peso de encima. Me dijo que le dolía cada vez que lo insultaban, aunque lo que le dolía más era la actitud de los demás, cuando miraban hacia otro lado, o cuando los profesores hacían como que no habían oído que lo insultaban. Los insultos, me dijo, me duelen menos que la indiferencia.

Durante los siguientes días trabajamos a buen ritmo por las tardes y por las mañanas, en el instituto, empecé a pasar ratos con él. Eso me produjo una doble sensación, porque me sentía a gusto y sabía que estaba haciendo algo justo, aunque por otro lado me sentía observado, incluso rechazado. Un día, los que habían sido mis amigos me llevaron a un rincón del patio, y me sometieron a una especie de interrogatorio sobre mi amistad con Mateo. Acabé zafándome de ellos y nos insultamos. Aquella tarde no fui a casa de Mateo. Él me llamó por teléfono dos veces, las dos veces le colgué diciéndole que no quería hablar con él.

A la mañana siguiente, viernes, no pude evitar hablar con él, y todos nos vieron discutir. Me fui a casa dolido. Creía que me dolían las verdades que Mateo me había dicho, pero me di cuenta que me dolía la cobardía que se había apoderado de mí. Y aparte de eso, había algo más.

Por la tarde, finalmente, volví a su casa. Mateo había insistido. Teníamos que acabar el trabajo, del que apenas quedaban cuatro detalles. Pero además me dijo que

era su cumpleaños y que le gustaría mucho que fuese. Así que acudí. Cuando iba a llamar al portero automático me fijé en el rosal de rosas blancas que había junto a la entrada. Pensé que presentarme sin un detalle no estaba bien, así que salté al jardín y arranqué media docena de flores, no sin clavarme otras tantas espinas.

Cuando Mateo me vio con aquellas flores su rostro se iluminó. Las rosas blancas eran sus preferidas, lo sabía, me lo había dicho uno de aquellos días, entre otras mil cosas que habíamos compartido durante esas tardes. Y además las había visto, cada día, en su habitación. La discusión de la mañana había quedado olvidada. En aquella habitación volvíamos a reír juntos.

Terminamos el trabajo enseguida, nos había quedado muy bien. Entonces Mateo me propuso celebrar su cumpleaños por todo lo alto. Encargamos unas pizzas, bebida y una película. Fue una tarde realmente genial. Nos reímos, hablamos, nos contamos secretos y sueños, y las horas del día se fueron agotando.

A las once y media le dije que tenía que irme, que iba a pasar el último autobús. Enrollamos el mural y lo metimos en una bolsa, me lo iba a llevar para enseñárselo a mis padres. Estábamos orgullosos del trabajo bien hecho. El lunes siguiente lo presentaríamos en clase. Mateo quiso acompañarme hasta la calle. Entró conmigo en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja. Nos miramos a los ojos y sonreímos, simplemente. Entonces sentí una descarga eléctrica y una fuerza irresistible que se apoderó de mí ser. Un instante después nuestros labios se habían unido y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas, como si la vida se nos fuera a escapar si nos separábamos. En ese instante abrí los ojos y entonces vi nuestro reflejo en el espejo. Nuestra imagen miles de veces reflejada se hundía en el infinito y aquel beso no era uno; eran infinitos besos.

Cuando llegué a casa me acosté y soñé con Mateo, con su sonrisa contagiosa y sus ojos vivos, soñé con mil proyectos e ilusiones de futuro. En unos minutos imaginé una vida con él: nuestro futuro, nuestro trabajo, nuestros viajes, nuestras noches de pasión...

El lunes por la mañana llegué al instituto enfadado. Mateo no me había cogido el teléfono en todo el fin de semana. Me había pasado el sábado y el domingo enteros sufriendo, pensando en qué le habría hecho yo para que me ignorara de aquella manera.

Entonces Justiniano, el profesor de Historia, se acercó a mí y me puso una mano en el hombro. Me dijo que lo sentía mucho. Los nervios me invadieron, la bolsa

con el mural se me cayó al suelo. No entendía nada, necesitaba saber qué pasaba, qué había ocurrido.

Y lo que había ocurrido era que la fatalidad había apagado su sonrisa, sus ganas de vivir, los sueños que compartimos; todo se había esfumado, en un instante. La fatalidad en forma de accidente de moto absurdo, que ocurre cuando no tiene que ocurrir, todo por un momento, por un despiste, por un descuido; un instante único con consecuencias infinitas...

Desde entonces, cada año, por su cumpleaños, llevo un ramo de rosas blancas a la curva donde su vida se apagó. Y me siento cinco minutos en la acera, viendo los coches pasar, pensando en el futuro incierto, en el pasado añejo, en la vida que me regaló Mateo, en la vida que me enseñó a vivir, haciendo aflorar a la superficie la verdad que latía bajo mis prejuicios. Y pienso en sus besos, en los infinitos besos que me dejó en aquel ascensor, infinitos besos que se pierden en la eternidad, infinitos besos que me acompañaran siempre.

***Antes de nada: ¿Te parece que esto podría pasar o pasa en tu instituto?
¿Es un relato realista?***

ACTIVIDADES sobre el relato: Infinitos besos

- Mateo es un chico al que se le nota que es gai, ¿en qué se nota? ¿todos los gais son así? ¿crees que ser gai o lesbiana siempre “se nota”?
- ¿Qué te parece la actitud de la gente en el Instituto hacia Mateo? ¿Crees que las burlas pueden ser maltrato? ¿Crees que “no hacer nada” ante las burlas es mejor que burlarse? ¿es igual? ¿peor? ¿es diferente en los profesores que en los alumnos?
- El narrador del relato empieza a sufrir las burlas de sus compañeros en cuanto se relaciona con Mateo, es lo que llamamos “el contagio del estigma” (explicación del formador). ¿Por qué crees que a la gente le molesta que sea amigo de Mateo? ¿Qué significa el triángulo rosa? Busca en Wikipedia información sobre él: ¿dónde se empleaba? ¿para qué servía? ¿quiénes lo llevaban? ¿lo llevaban por igual las mujeres y los hombres? ¿a qué se debe esa diferencia?
- Mateo es en su casa un chico totalmente diferente de cómo es en el instituto, ¿crees que se comporta así por su propia voluntad? ¿es justo que la homosexualidad pública sea castigada? ¿por qué crees que a la gente le molesta?
- Cuando Mateo y el narrador se conocen descubren que tienen muchas cosas en común. No parece que los gais sean muy diferentes de los demás ¿o sí?
- El narrador no parece ser homosexual al principio del relato. Luego se enamora de un chico. Hablemos sobre eso: ¿ser gai se contagia? ¿la orientación sexual es inamovible o puede cambiar? ¿el gai nace o se hace?
- Mateo muere al poco de estrenar un amor. Su pérdida sume al narrador en la tristeza. Piensa si en esa situación es importante que la persona amada fuera o no gai. [Se puede hablar del caso de Jerónimo Saavedra, que salió del armario cuando perdió a su amante, porque ante la muerte sus miedos le parecían irrelevantes]

¡HABÍA QUEDADO!

Escrito por **Luis Potts**

Ilustración: **Laura Ramos París**

Había quedado... ¡¡¡había quedado!!!

Una vez más, estaba en el chat de Chueca. Como siempre, más por la excitación sexual producida por la lectura de los mensajes que, en el chat general, se intercambiaban los participantes (muchas veces increíblemente guarros), que por contactar realmente con alguno.

Nunca participaba... era un observador silencioso, más bien un lector siempre mudo, a quien la presencia virtual de otros hombres, gais, bisexuales e incluso algunos autocalificados como "heteros", buscando todos una aventura sexual inmediata, le permitía saber que no estaba solo, que era uno más entre los cientos (tal vez miles) de homosexuales en su ciudad acuciados por el deseo o por la soledad.

Su nick, "joven_18", atraía a muchos... y no había ocasión en que no le enviaran múltiples privados a los que nunca contestaba...

Hacía ya tiempo que sabía de su homosexualidad... de su atracción por otros hombres y la había aceptado. Desde hacía años, las chicas sólo representaban una compañía amistosa, a menudo muy disfrutable, con las que no precisaba representar el papel de machito ligón (al que su agradable físico parecía obligarle), o reír las burlas con las que sus compañeros de pandilla se referían habitualmente a los maricones... pero se quedaba allí, en el reconocimiento de ser, él también, un maricón. Nunca había conocido a otro... nunca había tenido relaciones sexuales con otro chico, ni el más ligero roce... nunca había hablado de su homosexualidad con nadie...

Tampoco es que le preocupara mucho serlo, eso ya había pasado, y las dudas y temores también. Tampoco había sido tan terrible. Había llegado el momento en que se había aceptado y ¡ya está! Por suerte, vivía en una época en la que en España se había reconocido el matrimonio gai... en Madrid, existía todo un barrio donde los homosexuales se sentían como en su casa y donde daban rienda suelta a su afectividad, a sus plumas... en donde reían, bailaban, comían, cenaban, tomaban café en interminables conversaciones sobre moda, novias y novios, chicos y chicas buenorros... donde lloraban sus primeros fracasos sentimentales en los hombros de los amigos... No conocía a ninguno personalmente, pero sabía que no era un monstruo de feria ni un enfermo. Alguna vez, incluso fuera del barrio gai, había visto, en la calle, en el metro, en algún concierto, parejas de chicos o de chicas, muy jóvenes, demostrándose, sin ningún tapujo ni vergüenza, su atracción mutua y la felicidad de ser jóvenes, de tener una pareja y todo un mundo y un futuro por delante que sabían, creían, confiaban, sería siempre mucho mejor para ellos.

Pero esta vez... casi sin pensarlo... ante la entrada de un privado en el chat que contenía, el ya casi habitual "Hola, qué tal"... sus dedos, automáticamente, casi sin darse cuenta, habían compuesto en el teclado, la también respuesta habitual que había observado muchas veces: "Bien, ¿y tú?". A la cual no tardó en seguir, del otro lado un: "Muy bien, gracias... ¿Eres de Madrid?" A partir de ahí, la conversación comenzó a trancas y barrancas... algunos silencios... algunos lugares comunes... ninguno de los dos se podía considerar un experto en estas lides virtuales y se notaba. Además, el nick de su contacto (inexperto-20) lo atestiguaba. Fue precisamente, eso, la inexperiencia de ambos la que quizás abrió el camino a una conversación en la que, sin proponérselo, comenzaron a contarse sus experiencias, sus deseos nunca satisfechos... cuando cayeron en cuenta, habían estado charlando más de una hora durante la cual se habían sincerado mucho más de lo que lo habían hecho en toda su vida con cualquier persona.

Fue Ricardo, el chico al otro lado de la línea, quien dio el primer paso al decir: "Oye... creo que tenemos muchas cosas en común y es un placer hablar contigo, al menos para mí... ¿te parece si quedamos y nos conocemos personalmente?"

En ese momento Javier casi cierra la ventana del chat. No era consciente del tiempo transcurrido, ni de cuánto había dejado ver de sí mismo a ese desconocido.

Todos los miedos que había ido acumulando durante años de negarse cualquier satisfacción sexual real con otro hombre acudieron a su espíritu. Pero también todos los fantasmas y todas las fantasías...

Ricardo... al otro lado y ante el silencio que había provocado su pregunta, insistía: “¿Qué pasa? ¿No te apetece? A mí mucho... es la primera vez que propongo esto a un chico aquí en el chat... es la primera vez que hablo con alguno... hasta ahora me había limitado a leer lo que escribían los otros en el general...”

Javier casi ríe interiormente. ¡Ni que se estuviera refiriendo a él mismo! Esto lo decidió. Sus dedos teclearon: “Vale... a mí también me apetece conocerte personalmente, pero... ¿cómo lo hacemos?”

- ¿Sueles ir por Chueca? – preguntó Ricardo.

- Sólo muy de tarde en tarde... no conozco a nadie, a ningún otro gai. Suelo ir más a observar... lo mismo que hacía aquí, en el chat, antes de hablar contigo.

- ¡Pues ya somos dos! –apostilló Ricardo. A mí me sucede lo mismo. ¿A que vamos a ser almas gemelas? – dijo riendo a medias.

- Por el resto de nuestros gustos y características no sé –contestó Javier- ¡pero desde luego, por nuestra inexperiencia seguro que sí!

Siguieron charlando un rato más. Superada ya la timidez, con una confianza que sentían creciente y asegurado el encuentro personal, después de haber intercambiado fotos para poder reconocerse sin problemas, quedaron para un par de horas más tarde, en un conocido café de Chueca.

Esas siguientes dos horas fueron casi un tormento para Javier. ¿Iría o no iría? ¿Se presentaría Ricardo o no? ¿Qué pasaría? ¿Se tocarían? ¿Se besarían? ¿Cómo debería vestirse? ¿Algo “chuequero” o sus habituales vaqueros, camiseta y deportivas que no lo distinguían para nada de otros miles y miles de jóvenes de su edad que pululaban por la ciudad? ¿Le gustaría a Ricardo? Javier no era para nada tonto... se sabía guapo, dentro de la media... nada deslumbrante, pero no

era ajeno a las miradas de admiración y deseo que despertaba su paso las pocas veces que se había aventurado en el barrio gai.

Sin darse cuenta... había llegado el momento de salir a la cita y aún estaba en calzoncillos, en su habitación. "¿To be or not to be?" –se dijo a sí mismo con ironía.

No lo pensó más. Como en un estado de sonambulismo, tomó sus vaqueros de todos los días... una camiseta que sabía, le quedaba particularmente bien, marcando sus pectorales desarrollados por la natación que practicaba a diario, las zapatillas, el bonometro... una rápida mirada al espejo y cuando vino a darse cuenta, estaba sentado en el vagón del metro, mirando su reflejo en una ventanilla mientras se repetía, con una alegría interior irreprimible y que asomaba a sus labios, a sus ojos sonrientes: ¡HE QUEDADO! ¡HE QUEDADO! ¡HE QUEDADO!



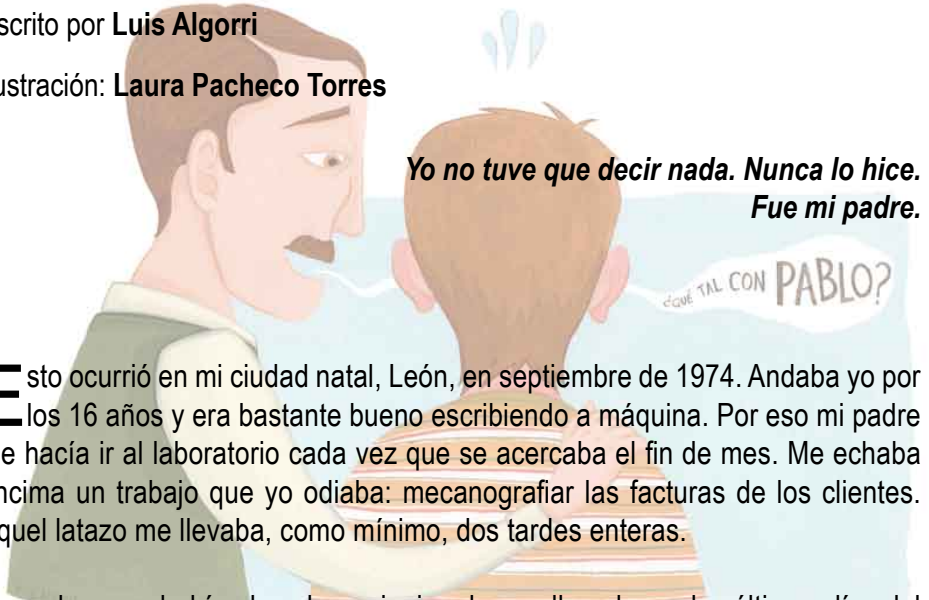
ACTIVIDADES sobre el relato: ¡Había quedado!

- Javier, el protagonista del relato, se sentía solo y busca por Internet a otros homosexuales. ¿Por qué Javier se sentiría solo? ¿Por qué los jóvenes homosexuales necesitan conocer a otros homosexuales? ¿Donde pueden buscar iguales los adolescentes LGBT de tu zona? ¿Por que cuesta encontrar a iguales?
- En el relato se dice que hace tiempo que sabía que era homosexual, sin embargo no decía nada. ¿Por qué crees?. También se comenta que antes interpretaba el papel de machito ligón, ¿Para qué crees que lo hacía?. Busca en Internet el significado de “presunción de heterosexualidad”.
- Dice que sus compañeros de pandilla se refieren a los homosexuales como “maricones”. ¿Hay gente de tu entorno que lo hace? ¿Por qué crees que lo harán? ¿Piensas que ese tipo de palabras pueden hacer daño a los adolescentes homosexuales? Piensa en sinónimos de “gai” y “lesbiana”. ¿Son todos despectivos?
- En el relato se habla del barrio gai de Chueca, donde los homosexuales muestran su afectividad sin ningún problema. ¿Es bueno que existan barrios así? ¿Por qué a algunos homosexuales les cuesta mostrar su afectividad en otros barrios?
- En el relato aparecen algunos de los estereotipos que se atribuyen a los homosexuales: “con pluma”, que les gusta la moda, ... ¿Qué es un estereotipo? ¿Cuáles son los estereotipos que hay hacia gais y lesbianas? ¿Todos los gais y las lesbianas los cumplen?
- A Javier le cuesta salir del armario. Al cantante Ricky Martin también le costó muchos años hacerlo público. ¿Por qué crees que el cantante tardó tantos años en decirlo? ¿Eso le pasa a más personajes públicos?

¿QUÉ TAL CON PABLO?

Escrito por Luis Algorri

Ilustración: Laura Pacheco Torres



Esto ocurrió en mi ciudad natal, León, en septiembre de 1974. Andaba yo por los 16 años y era bastante bueno escribiendo a máquina. Por eso mi padre me hacía ir al laboratorio cada vez que se acercaba el fin de mes. Me echaba encima un trabajo que yo odiaba: mecanografiar las facturas de los clientes. Aquel latazo me llevaba, como mínimo, dos tardes enteras.

Pero al menos había algo claro: si mi padre me llamaba en los últimos días del mes, no había duda de que se trataba de sentarme a la máquina y de nada más. El problema era cuando me hacía ir al laboratorio cualquier otro día. Eso quería decir que se me venía encima una solemne “conversación entre padre e hijo”, algo que, a los 16 años, yo odiaba todavía más que a las putas facturas. Mi padre, entonces, era el enemigo, un cabrón con pintas que no hacía más que meterse en mi vida, que leía a escondidas lo que yo escribía también a escondidas y que tenía sobre mí –eso pensaba– un poder absoluto del cual yo me sentía obligado a defenderme. Apenas recordaba cuánto lo había querido hasta que comenzaron a salirme pelillos sobre el labio superior. Y ni imaginaba cuánto lo habría de querer después. Muy poco después.

El caso es que mi padre me hizo ir al laboratorio casi a mediados de aquel mes de septiembre. Un jueves. Yo, claro, me puse en lo peor: tocaba sermón. Y así empezó el asunto, desde luego. Él sentado en el butacón del despacho, ante la mesa enorme llena de papeles: era el jefe, como le llamaban todos allí. Yo, al otro lado de la mesa, sentado en una sillita, con aspecto de viajante o de víctima propiciatoria. Él, con aquel tono de condescendencia que a mí me

ponía enfermo: “Hablamos poco... Te veo raro... Nunca me cuentas ya lo que te pasa... No tienes confianza en mí... Tengo la sensación de que no estás bien... ¿Te ocurre algo?”

Y yo, claro, hacía el papel de frontón: “Nopapá, nopapá, nopapá”, invariablemente, dijera él lo que dijese. Hasta que aquel día, de pronto, para mi absoluta sorpresa, se levantó del butacón, rodeó la mesa, arrimó una silla junto a la mía, se sentó, me revolvió el pelo (yo odiaba eso), me pasó la mano por encima del hombro y, con una sonrisa que yo no olvidaré jamás, me preguntó:

– Venga, Luisito, cuéntame: ¿qué tal con Pablo?

Fue un rayo que me entró por el cogote y que no me salió por ningún sitio, se quedó dentro de mí haciéndome hervir de horror. Me debí de poner del color de la muerte.

– Esteee... ¿Qué Pablo?

– Vamos, Luis. Qué Pablo va a ser. Pues Pablo.

– Ah... Bueno... Sí, claro, Pablo, ya, ya... Hombre, bien, pero... ¿por qué me lo preguntas?

Encendió un cigarrillo.

– ¿Fumas tú?

– No. Sí.

– Pues te lo pregunto porque te quiero mucho, Luis, aunque tú te empeñes en no verlo. Te lo pregunto porque me doy cuenta de que te está sucediendo algo muy importante y que lo estás pasando... pues no sé si muy mal o muy bien, o las dos cosas a la vez, que seguramente será así. Pero se te nota desde siete kilómetros. Vamos, se os nota a los dos. ¿Por qué no me lo cuentas?

Mis últimas líneas de defensa se venían abajo como si fuesen de papel.

– El... la... ¿A mí? ¿Se me nota? ¿El qué se me nota?

Pausa. Esa mirada, esa sonrisa de mi padre ante la cual jamás hubo resistencia posible.

– Pues que estáis enamorados, Luisito. ¿O no?

Ahí fue cuando yo me eché a llorar. Un llanto incontrolable, azogado, lleno de hipos y de temblores; un llanto de pura desolación, de absoluto desamparo; el llanto de un niño (es que yo era un niño) que se muere de dolor y que no

sabe qué hacer, con quién hablar, a quién confiarse. Un llanto que apenas me dejaba hablar. Porque mi padre no sabía toda la verdad. Se la dije. Yo estaba enamorado, claro que sí, como un bestia. Tan enamorado que me sentía morir a chorros, porque Pablo me había dejado ocho o diez días antes. Pablo, que tenía mi edad, me había dicho que ya no me quería porque a quien amaba de verdad era a Cristo. La madre que lo parió. Se había juntado con una gavilla de sinvergüenzas del Opus Dei y éstos le habían convencido de que estaba en pecado mortal, de que su amor por mí era pura ensoñación diabólica (¡pero qué sabrían ellos de la dulzura, de la sinceridad, de la inmensa devoción de sus besos!) y que Luisito, el destinatario durante cuatro meses de sus lágrimas, de sus caricias, de sus interminables te quiero y te adoro, de sus cincuenta y cuatro llamadas de teléfono diarias, de sus inconcebibles imprudencias para buscar un sitio y unos minutos en los que estar juntos para explorarnos, para ir inventando cómo amarnos, porque nadie nos había dicho cómo y qué había que hacer... Pues ese Luisito al que él persiguió torpe y tiernísimamente hasta doblarlo de amor era, en realidad, un emisario del Infierno empeñado en corromper su alma pura. Y el muy gilipollas fue y se lo creyó.

Mi padre callaba, con aspecto preocupado. Y yo, sin dejar de gemir ni de hacer pucheritos, con más lágrimas en la cara que María Magdalena (que habría dicho Pablo), concluí con una vehemente petición de auxilio:

– Pero yo no quiero ser así, papá. No quiero ser así. ¡Yo me quiero curar! Estábamos en 1974. Mi padre encendió dos cigarrillos, uno para él y otro para mí.

– Bien. Venga, serénate. No pasa nada. Ya te has desahogado. ¿Estás más tranquilo?

– Pues no.

– Perfecto. La verdad es que estaba casi seguro de que me ibas a decir algo así. Y ya hemos tomado las medidas oportunas. Mañana nos vamos a Madrid, Luisito, a ver a...

– ¿Hemos? ¿Cómo que “hemos”? ¿Quién más lo sabe? ¿A quién se lo has dicho? ¡¿A mamá?!

– Luis, a mamá no he tenido que decirle nada, porque es cualquier cosa menos tonta y además es tu madre; se ha dado cuenta sola, algo que tampoco era tan difícil porque tú llevas una temporada con una cara de pánfilo que... Eh, eh, eh, tranquilo, vamos, tranquilo, no empieces a llorar otra vez, que no pasa nada. Pero

es que yo no sé mucho de estas cosas y, caramba, pues he pedido ayuda... Sentí que me mareaba. ¿Cómo que había pedido ayuda? ¿A quién? O, todavía peor, ¿a quiénes? Aquello era el horror absoluto. Repito: el horror absoluto. ¡Lo sabía todo el mundo, seguro! ¡Todos! ¡El Pla! ¡El Cordero! ¡Seguro que hasta don Andrés! ¡Todos los amigos de mis padres, los ilustres y sabios catedráticos que a mí me habían tenido siempre por un genio en fase de crecimiento! ¡Todos me habían llevado en brazos cuando era un crío! ¡Todos esperaban tanto de mí, confiaba tanto en mí, me sonreían, me alentaban, me vigilaban! ¡Y ahora todos sabían que Luisito era maric... (huy, perdón) de la acera de enfrente, porque se lo había dicho el bocazas de mi padre! Me sentí traicionado, humillado, vendido, escarnecido, completamente indefenso ante la crueldad del mundo entero y, sobre todo, de quienes más decían quererme. Me bastaría salir a la calle, seguro, para que el mundo entero se riese de mí, me señalase con el dedo: ¡Ahí va Luisito Pérez Algorri, el maricón! Como decían los tebeos de Astérix (yo por entonces leía mucho a Astérix), “el cielo se había desplomado sobre mi cabeza”. Aquello no lo podría soportar. Era mucho mejor la muerte. Hay que decir que también había leído bastante a Gustavo Adolfo Bécquer.

- ¿Quieres hacer el favor de calmarte?
- ¡Déjame! ¡Déjame solo! – (sollozos).
- Luis, he pedido consejo porque no sabía qué hacer. Pero ahora ya lo sé. Nadie te odia ni te desprecia, no seas imbécil. Todos te quieren como siempre y van a ayudarte en lo que sea. Así que quitate los mocos, coño. Mañana nos vamos a Madrid, te estaba diciendo.
- ¿A Madrid? ¿A qué?
- A ver a un médico, un psicólogo amigo del Zorita. Se llama...
- ¡El Zorita! ¡También lo sabe el Zorita! ¡Dios!
- Ay, la leche. Sí, también lo sabe el Zorita, ¿cómo no lo iba a saber? Pero si es el que más te quiere, so idiota. Este hombre se llama... A ver, espera que lo miro... Sí, el doctor Carrobles, José Antonio Carrobles. Una eminencia, dice el Zori. Tenemos cita a las once. Habrá que madrugar.

Cuatro horas y media de viaje en aquel milquinientos azul marino, matrícula M-505813. No cruzamos ni una sola palabra. Yo me hacía el dormido (en realidad no había pegado ojo en toda la noche), pero no olvidaré que papá y yo vimos,

juntos y callados, el lento amanecer sobre el océano de los páramos de Castilla. No sé si en aquel viaje silencioso me hice mayor. Supongo que no, pero algo cambió para siempre entre los dos. Me di cuenta de que él no sabía qué estaba pensando yo en aquel momento tan difícil. Y no preguntaba nada, aunque sin duda se moría de ganas. Y yo tampoco sabía qué pensaba él. Y tampoco dije nada. En ese viaje aprendimos a respetarnos, o al menos yo pude apreciar hasta qué punto me respetaba él... sin que yo me hubiese dado cuenta nunca. En ese viaje sin palabras se cayó al suelo, como una cáscara vieja, la imagen estúpida del padre cabrón y metomentodo, del padre enemigo y voceón al que sólo interesaban su puto trabajo y que no hubiera errores en las putas facturas. Ese tipo que conducía en silencio, mirándome de vez en cuando de reojo, estaba de mi lado. Me quería de verdad. Me iba a querer siempre.

Y, más o menos a la altura de Medina del Campo, me di cuenta de que yo a él también.

El doctor Carrobles resultó ser un viejo (¡andaría lo menos por los cuarenta años!) de aspecto muy curioso: feo, narigón, pelos de escarola y una sonrisa que transmitía de inmediato la sensación de que uno estaba a salvo. Su consulta, según recuerdo ahora, era pequeña: un recibidor en el que había sillones floripondiosos y una mesa repleta de revistas –Garbo, La Actualidad Española, Sábado Gráfico, Triunfo, Lecturas– y una consulta diminuta en la que, para mi total sorpresa, no había diván. Yo daba por hecho que en la consulta de un psiquiatra tenía que haber diván para tumbarse uno. Fue lo primero que pregunté:

– ¿Y el diván?

– Está en el trastero. ¿Quieres que lo traiga?

– Hombre, no, no, si yo no... Oiga, doctor, ¿usted no lleva bata blanca?

– También está en el trastero. Oye, Luis, a ti te gusta mucho el cine, ¿verdad?

El doctor Carrobles planteó el asunto de manera muy sencilla:

– Lo que yo quiero es charlar un rato contigo y luego te diré lo que pienso. No puedo hacer más. Hay dos posibilidades: o lo hacemos solos tú y yo, o conversamos con tu padre delante. La decisión es tuya. ¿Qué prefieres?

Yo venía del amanecer en Medina del Campo:

– A mí no me importa que esté mi padre.

– Bueno, pues a mí sí –se rió Carrobles–, así que, don Luis, si es tan amable, espérenos en la salita mientras este jovencito y yo hablamos un rato. No sé lo que tardaremos. Espero que no mucho.

Fue una delicia. Hablamos de todo, supongo, aunque han pasado los años y no recuerdo demasiadas cosas. Se estaba bien con aquel tipo simpático que, para mi asombro, me enseñó fotografías eróticas... y otras claramente pornográficas en las que aparecían hombres y mujeres (no siempre hombres con mujeres) practicando sexo. Carrobles me preguntaba cuáles me gustaban más. Yo recuerdo que pensaba en Pablo, porque en algunas de aquellas fotos aparecían unos chicos guapísimos haciéndoles a otros chicos guapísimos cosas que a Pablo y a mí no se nos habrían ocurrido en la puñetera vida. Nos reímos mucho. Yo le conté todo y de todo, porque aquel hombre inspiraba confianza. Y, cuando menos lo esperaba, me dijo:

– Muy bien, Luis, yo creo que ya sé lo que necesitaba saber. Tú estás esperando que yo te diga algo, que te dé una respuesta, ¿no?

– Sí. Yo lo que quiero es curarme de esto, ya se lo he dicho.

– Estupendo. ¿Y crees que lo que yo voy a decirte debería oírlo tu padre?

Medina del Campo.

– Hombre, yo creo que sí.

– Magnífico. Pues vamos a buscarle.

Qué cuadro, Señor. Papá estaba tirado en uno de los sofás del recibidor, dormido como un tronco, con un zapato sí y otro no, y roncaba –según su costumbre– como la sirena de un petrolero. Esparcidas por el suelo estaban decenas de revistas... con todos los crucigramas hechos, porque eran las siete de la tarde: el doctor Carrobles y yo habíamos estado hablando durante ocho horas y media que sólo a nosotros (o sólo a mí, mejor dicho) se nos habían pasado en un vuelo.

Entramos los tres en la consulta. Mi padre se quitaba las legañas. El doctor Carrobles, sentado en su silla, sonrió:

– Muy bien, Luis. Tú has venido aquí porque quieres curarte de tu atracción por los chicos, ¿es así?

– Pues claro.

– Bien, pues escúchame con atención. De eso no te puedes curar, porque no hay nada de lo que curarse. Eso no es una enfermedad.

– ¿Pero cómo que no?

– Como que no. La homosexualidad no es una enfermedad, te diga lo que te diga la gente. No es algo malo. Hazme caso, no pongas esa cara. Tú eres un chaval estupendo: inteligente, cariñoso, apasionado, creativo, con una extraordinaria sensibilidad, brillante, generoso y con una enorme capacidad afectiva que...

– Doctor –interrumpió mi padre–, no se pase, que luego el que tiene que vivir con este muchacho soy yo.

– No me paso –se rió Carrobles, nos reímos los tres–, estoy diciendo lo que he visto. Pero hay algo de lo que sí tienes que curarte, Luis.

– Ah, caramba. ¿De qué?

– Del miedo. Tú estás convencido de que las chicas se comen a los chicos crudos. Es bastante normal que pienses eso a tu edad, porque ellas maduran algo antes y eso es lo que parece, que ellas tienen la sartén por el mango. Pero no es verdad. Ellas son tan tontas o tan listas como tú, tienen tantas preguntas sin responder como tú y están tan asustadas como tú cuando alguien se les acerca. Lo que pasa es que lo disimulan mucho mejor. De eso es de lo que tienes que convencerte. Tienes que perderles el miedo.

– ¿Eso es todo?

– No, no es todo. Después de hablar contigo, tengo clara una cosa. Tú tienes un corazón de oro y no sabes, ahora mismo, si te gustan más los chicos que las chicas, porque has probado las dos cosas y está claro que ninguna de las dos te desagrada. ¿Pues sabes qué te digo? Que da igual. Eso no importa. Lo importante es la belleza de tu corazón. Déjale que hable. Lo importante es que seas sincero y leal con la persona a la que ames, o que te guste, o que te atraiga. No es lo esencial si es un chico o una chica. Lo que cuenta es que seas fiel a ti mismo, que seas honesto contigo. Que no te mientas, que no mientas a los demás. Si al final caes del lado de las chicas, envidia a la que se te lleve, porque eres un chaval estupendo capaz de hacer feliz a cualquiera. Y si resulta que prefieres a los chicos, pues te digo exactamente lo mismo: qué suerte va a tener quien tenga tu amor (que, por cierto, es un amor como un torrente: así se sufre mucho, pero también se es muy feliz), porque eso es lo que de verdad vale: el amor, la sinceridad en el amor. Que se lo des a un chico o a una chica es algo secundario.

– ¿De verdad?

– De verdad.

– ¿Entonces no se puede uno curar de que le gusten los chicos?

– Y dale. Claro que no. Es que no hay nada de lo que curarse. Si te gustan, no podrás evitarlo. Y métetelo en la cabeza: serás muy feliz con eso. La felicidad no depende del sexo que tenga la persona de la que te enamores. Depende de la sinceridad para con uno mismo y de la capacidad de amar. Y a ti, Luis, te sobran las dos cosas.

Se produjo un silencio espeso. Lo rompió Carrobles:

– Y usted, ¿qué piensa de todo esto?

Papá miró al doctor, luego me miró a mí y después me dio un largo beso justo encima de la oreja izquierda:

– Pues lo que pienso es... –enorme sonrisa– que tengo un hambre que me muero.

Hora y media después salíamos hacia León en el milquinientos. Mi padre iba muy preocupado: había controles de policía por todas partes. Aquel mediodía, 13 de septiembre de 1974, ETA había puesto una bomba en una cafetería de la calle del Correo, a un paso de la Puerta del Sol, y había matado a doce personas. Pero cómo iba yo a pensar en eso. Me quedé dormido, agotado como estaba, durante todo el viaje.

Como era verdad que las chicas no se comían a los chicos crudos, al mes y medio de aquel célebre viaje a Madrid, yo tenía novia. Más o menos diez meses después, tenía otra novia a la que quise durante muchos años (y quiero hoy) inmensamente; no como a la anterior, cuyo corazón era lo más parecido que yo he visto en mi vida a un cajero automático. Y algún tiempo más tarde me enamoré como un bestia (otra vez) del hermano de mi novia, un chaval de irresistible belleza... al que le gustaban las chicas. Al menos le gustaban más que yo. Al cabo de los años escribí una novela sobre eso.

Bien, pues resultó que me atraían los chicos. No tardé en tenerlo claro. La época en que me tocó ser joven, la de la Transición, me hizo sufrir mucho, pero nunca tuve que salir de ningún armario. En mi familia eso lo solucionó mi padre con aquella célebre frase: “¿Qué tal con Pablo?” Jamás se ha producido una conversación sobre mi homosexualidad entre los míos. Mi abuela, mi madre, mi padre, mis cuatro hermanos, las mozas que a ellos se fueron arrimando (y que

hoy están ahí expuestas con el terrorífico nombre de cuñadas) y mis sobrinos, que poco a poco van creciendo, han sabido siempre que Luisito es gai. Me han apoyado, me han defendido cuando fue necesario, han adorado a la mayoría de mis novios (porque los han conocido a todos) y, creo que no exagero al decir esto, todos están un tanto orgullosos de Luisito.

El doctor Carrobles (aún vive cuando escribo esto: es una primera figura mundial en Psicología Clínica) tenía razón. He sido inmensamente feliz... y he sufrido como un animal. Ahora mismo, cosa nueva para mí, no me sucede ni lo uno ni lo otro: mi última pareja, el chico que yo creía mi amor definitivo y perdurable, resultó ser un sinvergüenza de espoleta retardada: me exprimió durante diez años y luego se largó con otro. Estas cosas pasan, aunque hay que admitir que, cuando le pasan a uno, duelen como astillas en las uñas.

Pero tengo la... iba a decir esperanza y no es verdad: tengo la certeza de que el Buen Amor, el certero, el que decía Carrobles, está a punto de llegar. Ha estado conmigo ya varias veces: volverá, y esta vez no dejaré que se escape. Creo que he aprendido cómo hacerlo.

Ah, por cierto: nunca más volví a cruzar una palabra con Pablo, mi primer amor masculino. Sé que se hizo del Opus Dei, no faltaba más. Sé que aquellos desalmados lo casaron con una chica muy bondadosa. Sé que tuvieron varios niños. Alguna vez he creído verlo –no estoy seguro–, de noche, en el parque que hay frente a la casa de mis padres, en León; la zona de cruising gai de la ciudad. Si era él, que el Señor se apiade de ese pobre pecador. Y, sobre todo, de los hijos de su madre que le destrozaron la vida y le obligaron a mentir, y a mentirse, para siempre. Yo creo que, empeñado en ser sincero, he tenido mejor suerte. A menos siempre he podido mirarme al espejo sin bajar la vista. Y hoy puedo decir que ha merecido la pena.

ACTIVIDADES sobre el relato: ¿Qué tal con Pablo?

- ¿Crees que la comunicación entre padres e hijos es importante? ¿causó en Luisito un cambio positivo al confiar en su padre? ¿cómo hubieses reaccionado si tú fueras Luisito?
- Al principio del relato Luisito cree que está enfermo. ¿Por qué crees que considera su homosexualidad como una patología? ¿eso es lo que piensa su padre? ¿y él qué es lo que piensa?
- Si te encontrarás con una persona en tu entorno que pensó inicialmente como Luis sobre su atracción por los chicos. ¿Qué le dirías?
- Comenta la frase: “la felicidad no depende del sexo que tenga la persona de la que te enamores. Depende de la sinceridad para con uno mismo y de la capacidad de amar”.
- Busca información en internet sobre la película “Fucking Amal”. (Suecia, 1998) y relaciona ambos argumentos.





CRÉDITOS

Coordinadores del material: Pablo López, Ana Isabel Payo, Rosana Díaz, Javier Ortega, Luis Potts, Alfredo Pazmiño e Iván Socas.

Autores: Luis Algorri, Hecheres Beltrán, Jordina Costa, Rosana Díaz, Jesús González, Oscar Hernández, Silvia Martín, Antonio Oria, Luis Potts, Begoña Sastre y el putojacktwist.

Ilustraciones:

Almudena López Martín proser84@hotmail.com

Laura Pacheco Torres (www.flickr.com/cadaverexquisito) laurapt@gmail.com

Laura Ramos París (missaoki.com) missaoki@missaoki.com

Luisa Guerrero (www.luisaguerrero.com)

Rebeca Gordillo Escobar (www.calameo.com) rbk_016@hotmail.com

Sara Del Río Arroyo saradelrio202@hotmail.com

Diseño y maquetación: www.luisaguerrero.com

Agradecimientos: www.dosmanzanas.com y Odisea editorial.

Equipo de educación. Fundación Triángulo. 2010.

educación@fundaciontriangulo.es

www.fundaciontriangulo.org

DIRECCIONES

Andalucía

En Huelva:

Dirección: C/Palos de la Frontera 4 2º b.

21003 Huelva

Teléfonos: 959 816 716 / 661 010 173

Correo: huelva.andalucia@fundaciontriangulo.es

En Sevilla:

Dirección: Pl/San Leandro 10. 41003 Sevilla

Teléfonos: 954.21.80.82 / 661 010 173

Correo: sevilla.andalucia@fundaciontriangulo.es

En Cádiz:

Dirección: Pl/Los Cisnes 2 1ºd

11540 San Lucar de Barrameda

Correo: cadiz.andalucia@fundaciontriangulo.es

Canarias

En Tenerife:

Dirección: C/El Pilar 8 5C

38002 Santa Cruz de Tenerife

Teléfonos: 922 273 571 / 690 373 915

Correo: canarias@fundaciontriangulo.es

Castilla - La Mancha

En Toledo:

Dirección: Camerín S. Cipriano 3 (C. Juvenil)

Ap. Post.: 418 45080 Toledo

Teléfonos: 925 282 492 / 671 112 231

Correo: castillalamancha@fundaciontriangulo.es

Castilla y León

En Valladolid:

Dirección: Plaza de Ochavo, 2 1ºd 47001

Valladolid

Teléfono: 983 395 494

Correo: castillayleon@fundaciontriangulo.es

Extremadura

En Badajoz:

Dirección: C/Arco-Agüero, 20 1ºb 06002 Badajoz

Teléfonos: 924.260 528 / 900 204 204 (infoplural)

Correo: badajoz.extremadura@fundaciontriangulo.es

En Cáceres:

Dirección: Facultad Profesorado

Av. Universidad s/n 10071, Cáceres

Teléfonos: 663 054 602 / 900 204 204 (infoplural)

Correo:

caceres.extremadura@fundaciontriangulo.es

En Mérida:

Dirección: Estadio Romano (Fondo Sur)

Desp. 2 C/ Guardia Civil, s/n 06800 Mérida

Teléfonos: 679 962 602 / 900 204 204 (infoplural)

Correo:

merida.extremadura@fundaciontriangulo.es

Madrid

En Madrid:

Dirección: C/Meléndez Valdés 52 1ºd

28015 Madrid

Teléfono: 915 930 540

Correo: madrid@fundaciontriangulo.es

En Coslada:

Correo: coslada@fundaciontriangulo.es

En Alcobendas:

Dirección: Casa de las Asociaciones

C/Cáceres, 18 280100 Alcobendas

Correo: alcobendas@fundaciontriangulo.es

En San Sebastián de los Reyes:

Correo: sanse@fundaciontriangulo.es



Había una vez una clase donde todos los niños y niñas eran iguales. Nunca tenían oportunidad de intercambiar opiniones porque todos pensaban lo mismo. No tenían inquietud de probar otras comidas, ver otros mundos e indagar sobre otras religiones porque todas provenían de la misma cultura. Pero si que sabían que más allá de ese lugar donde vivían existían personas que vivían, sentían y soñaban de otra manera. Los llamaban "los diferentes". Pero nunca tendrían la oportunidad de conocerles ya que los habitantes de ese pueblo habían levantado un muro muy alto alrededor de la villa para que los diferentes no pudieran entrar. Les tenían pavor porque no sabían como eran...

